

# BLAKE CROUCH

# RECURSIÓN

Traducción del inglés

Laura Naranjo



Título original: *RECURSION*  
RECURSION © 2019 by Blake Crouch  
© de la traducción: Laura Naranjo, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2020

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Técnica Digital Press

Código IBIC: FA  
ISBN: 978-84-17834-87-6  
Depósito Legal: M-24376-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Jacque*

# LIBRO UNO

«El tiempo no es más  
que un recuerdo en desarrollo».

VLADIMIR NABOKOV

# BARRY

---

2 de noviembre de 2018

Barry Sutton toma el carril de bomberos hasta la entrada principal del edificio Poe, una torre de estilo *art déco* que refulge de blanco con la iluminación de sus apliques exteriores. Se baja del Crown Vic, cruza la acera a toda prisa y empuja la puerta giratoria que da acceso al vestíbulo.

El vigilante nocturno lo espera junto a los ascensores con uno de ellos abierto. Cuando Barry se apresura en su dirección, sus zapatos repiquetean en el suelo de mármol.

—¿Qué piso? —pregunta al entrar.

—El cuarenta y uno. Cuando llegue, gire a la derecha y vaya hasta el final del pasillo.

—Los refuerzos no tardarán. Dícales que no hagan nada hasta que yo dé la señal.

El ascensor sube como un rayo, poniendo en entredicho la edad del edificio a su alrededor, y a Barry se le taponan los oídos al cabo de pocos segundos. Cuando por fin las puertas se abren, pasa junto al letrero de un bufete de abogados. Hay luces encendidas aquí y allá, pero reina la penumbra. Continúa por la alfombra dejando atrás despachos silenciosos, una sala de reuniones, otra de descanso, una

biblioteca. El corredor desemboca en una recepción que da paso a una oficina más grande que las anteriores.

Con la escasa luz, los detalles se perciben en tonos grisáceos. Un desordenado escritorio de caoba sepultado por carpetas y documentos. Una mesa redonda cubierta de cuadernos y tazas de café frío y de olor amargo. Un mueble bar relleno exclusivamente de botellas de whisky Macallan Rare. Un acuario brillante que resuena en la otra punta de la habitación y que alberga un pequeño tiburón y varios peces tropicales.

Cuando se acerca a las cristaleras, Barry silencia el móvil y se quita los zapatos. Agarra el picaporte, abre la puerta y sale sigilosamente a la terraza.

Los demás rascacielos del Upper West Side parecen casi místicos con sus halos de niebla luminosa. El ruido de la ciudad se siente cercano: los cláxones de los coches rebotan entre los edificios y las lejanas ambulancias van zumbando hacia la siguiente tragedia. El pináculo del edificio Poe se erige unos quince metros más arriba: una corona de cristal, acero y mampostería gótica.

La mujer está sentada a menos de cinco, junto a una gárgola medio erosionada, de espaldas a Barry y con las piernas colgando.

Él se acerca un poco y la humedad de las baldosas le cala los calcetines. Si logra acercarse lo suficiente sin que lo vea, la arrancará del borde antes de que se dé...

—Huelo su colonia —dice ella sin volver la vista atrás.

Barry se detiene.

Ella lo mira y le advierte:

—Un paso más y salto.

Con aquella luz cuesta discernirlo, pero parece que ronda los cuarenta. Viste un *blazer* oscuro y una falda a juego y debe de llevar allí un buen rato porque el pelo se le ha aplastado a causa de la niebla.

—¿Quién es usted? —pregunta.  
—Barry Sutton. Detective de la División de Robos del Departamento de Policía de Nueva York.  
—¿Han enviado a alguien de Robos...?  
—Yo era el que estaba más cerca. ¿Cómo se llama?  
—Ann Voss Peters.  
—¿Puedo llamarla Ann?  
—Sí.  
—¿Quiere que avise a alguien de su parte?  
Niega con la cabeza.  
—Voy a andar un poco para que no tenga que seguir estirando el cuello para mirarme.

Se aleja describiendo un ángulo que lo lleva hasta el parapeto, unos dos metros por debajo de donde ella está sentada. Se asoma por el borde y se le encogen las tripas.

—Muy bien, suéltelo —dice la mujer.  
—¿Perdone?  
—¿No ha venido a hacerme hablar? Pues esmérese.

En el ascensor había planeado lo que le diría, tirando de lo que recordaba de su formación en suicidios, pero a la hora de la verdad ya no está tan seguro. De lo único de lo que está seguro es de que los pies se le están congelando.

—Sé que en este momento está desesperada, pero no es más que un momento, y los momentos pasan.

Ann mira hacia abajo por el lateral del edificio, los ciento veinte metros que la separan de la calle, con las palmas de las manos apoyadas en aquella piedra que lleva décadas desgastándose por la lluvia ácida. Le bastaría con impulsarse. Barry sospecha que está tanteando los movimientos, sopesando la idea. Visualizando el momento.

Nota que tiembla.

—¿Puedo dejarle mi chaqueta?

—Estoy segura de que no querrá acercarse más, detective.

—¿Por qué?

—Tengo SFR.

Barry reprime las ganas de salir corriendo. Por supuesto, ha oído hablar del Síndrome del Falso Recuerdo, pero nunca ha conocido a nadie que lo tenga. Ni de lejos. Ya no está tan seguro de querer agarrarla. Ni de estar tan cerca de ella. ¡Pero qué cojones! Si hace ademán de saltar, intentará salvarla y, si en el proceso contrae el SFR, pues que así sea. Para ser poli hay que correr riesgos.

—¿Desde cuándo lo tiene? —le pregunta.

—Una mañana, hace cosa de un mes, en lugar de en mi casa de Middlebury, Vermont, de repente me vi aquí en Nueva York, en un apartamento, con un dolor de cabeza punzante y sangrando mucho por la nariz. Al principio no sabía dónde estaba, pero entonces me acordé... también de *esta* vida. Aquí y ahora, no estoy casada, soy banquera de inversiones y vivo con mi nombre de soltera. Pero tengo... —respira hondo de la emoción— recuerdos de mi otra vida en Vermont. Allí era madre de un niño de nueve años llamado Sam. Tenía un negocio de jardinería con mi marido, Joe Behrman. Era Ann Behrman. Y vivíamos como una familia feliz.

—¿Y cómo son? —pregunta Barry, dando un paso clandestino en su dirección.

—¿Cómo son qué?

—Sus falsos recuerdos de esa vida en Vermont.

—Pues no recuerdo mi boda. Recuerdo la discusión sobre el diseño de la tarta, los pequeños detalles de nuestra casa, a nuestro hijo, todos y cada uno de los momentos del parto, su risa, la marca de

nacimiento en la mejilla izquierda, el primer día de colegio y que no quería separarse de mí. Pero, cuando intento recordar a Sam, lo hago en blanco y negro. Sus ojos no tienen color alguno. Me digo que eran azules, pero los veo negros. Todos los recuerdos de esa vida son en tonos grises, como instantáneas de cine negro. Parecen reales, pero son recuerdos fantasmas, embrujados. —Se interrumpe—. Todo el mundo cree que el SFR sólo afecta a los grandes recuerdos de la vida, pero los pequeños son los más dolorosos. No es que no recuerde a mi marido. Recuerdo cómo le olía el aliento por las mañanas cuando se daba la vuelta en la cama. Cómo cada vez que se levantaba antes que yo para lavarse los dientes ya sabía que a la vuelta íbamos a tener sexo. Eso es lo que me mata. Esos pequeñísimos y perfectos detalles que me hacen creer que todo ocurrió de verdad.

—¿Y qué hay de esta vida? ¿No hay nada en ella que le merezca la pena?

—Puede que alguien contraiga el SFR y prefiera los recuerdos actuales a los falsos, pero yo no quiero nada de esta vida. Llevo cuatro largas semanas intentándolo y no puedo seguir engañándome. —Se le saltan las lágrimas y se le corre el rímel—. Mi hijo nunca existió. ¿Sabe lo que es eso? No es más que un precioso fallo en mi cerebro.

Barry prueba a dar otro paso en su dirección, pero esta vez ella se da cuenta.

—No se acerque más.

—No está sola.

—Estoy más sola que la una.

—Yo sólo hace unos minutos que la conozco y me moriría si lo hiciera. Piense en sus seres queridos. En cómo se sentirían.

—Le seguí la pista a Joe —confiesa.

—¿A quién?

—A mi marido. Vivía en una mansión en Long Island. Reaccionó como si no me conociera, pero sé que me reconoció. Tenía otra vida distinta. Estaba casado, no sé con quién. No sé si tenía hijos. Me tomó por loca.

—Lo siento, Ann.

—Es muy doloroso.

—Mire, yo he pasado por eso. Quería acabar con todo. Y ahora que estoy aquí le digo que me alegro de no haberlo hecho. Me alegro de haber tenido la fuerza necesaria para aguantar. Este bajón no es el libro de su vida. Es sólo un capítulo.

—¿A usted qué le pasó?

—Perdí a mi hija. La vida también me ha roto el corazón.

Ann contempla el perfil incandescente de la ciudad.

—¿Tiene alguna foto de ella? ¿Sigue hablando de ella con alguien?

—Sí.

—Al menos ella sí que existió alguna vez.

A él no se le ocurre nada que decirle.

Ann vuelve a mirar abajo por el hueco de sus piernas. Se quita de un puntapié uno de los tacones.

Observa cómo cae.

Luego manda al otro tras él.

—Por favor, Ann.

—En mi vida anterior, mi falsa vida, la primera mujer de Joe, Franny, saltó de este edificio, de esta misma cornisa, hace quince años. Tenía depresión clínica. Sé que él se culpaba por eso. Antes de marcharme de su casa en Long Island, le dije que esta noche iba a saltar del edificio Poe, igual que Franny. Sé que suena tonto y desesperado, pero

confiaba en que se presentara aquí y me salvara, ya que a ella no pudo salvarla. Al principio creí que usted era él, pero él nunca se echaba colonia. —Sonríe, melancólica, y añade—: Tengo sed.

Barry mira al otro lado de las cristaleras y de la oscura oficina y ve a dos agentes apostados en la recepción. Se gira de nuevo hacia Ann.

—Entonces, ¿por qué no se baja de ahí y entramos juntos a buscar un vaso de agua?

—¿Podría traérmelo usted?

—No puedo dejarla sola.

Ahora le tiemblan las manos y Barry percibe una repentina resolución en sus ojos.

Ella lo mira.

—No es culpa suya —le asegura—. Desde el principio iba a acabar así.

—Ann, no...

—Mi hijo no existe.

Y, como quien no quiere la cosa, se deja caer de la cornisa.

## HELENA

---

22 de octubre de 2007

De pie en la ducha a las seis de la mañana, intentando despertarse mientras el agua caliente le corre por la cara, Helena tiene la potente sensación de haber vivido antes ese momento. No es nada nuevo. Ha experimentado infinidad de *déjà vu*s desde los veinte años. Además,

ese preciso instante no tiene nada de especial. Se pregunta si Mountainside Capital habrá revisado su propuesta. Ya hace una semana. Deberían haberle dicho algo. Si estuvieran interesados, la habrían llamado para concertar una cita.

Prepara una cafetera y su desayuno favorito: judías negras y tres huevos estrellados rociados con ketchup. Se sienta en la mesita junto a la ventana y mira cómo el cielo se ilumina sobre el vecindario a las afueras de San José.

Lleva un mes entero sin un solo día libre para hacer la colada y el suelo de su dormitorio es literalmente una alfombra de ropa sucia. Escarba entre las pilas hasta que da con una camiseta y unos vaqueros con los que aún se atreve a salir de casa.

El teléfono suena mientras se cepilla los dientes. Escupe, se enjuaga la boca y lo coge al cuarto tono en la habitación.

—¿Cómo está mi chica?

La voz de su padre siempre le arranca una sonrisa.

—Hey, papi.

—Creí que no te pillaría. No quería molestarte en el laboratorio.

—No pasa nada, ¿qué tal?

—Sólo estaba pensando en ti. ¿Te han dicho algo de la propuesta?

—Todavía no.

—Tengo buenas vibraciones.

—Pues yo no sé. Esta ciudad es muy dura. Hay mucha competitividad. Un montón de gente superinteligente buscándose la vida.

—Pero no tan inteligente como mi chica.

Ya no soporta que su padre crea tanto en ella. Y menos esa mañana en que el fantasma del fracaso planea sobre ella mientras está sentada en ese cuartito asqueroso de paredes blancas dentro de aquella casa sin decorar a la que no ha llevado a una sola persona en todo el año.

—¿Qué tiempo hace? —pregunta para cambiar de tema.

—Anoche nevó. Por primera vez esta temporada.

—¿Mucho?

—Sólo tres o cuatro centímetros. Pero las montañas están blancas.

Se las imagina: la cordillera frontal de las Rocosas, las montañas de su infancia.

—¿Cómo está mamá?

Hay una brevísima pausa.

—Tu madre está bien.

—Papá.

—¿Qué?

—Que cómo está mamá.

Oye que suelta una lenta exhalación.

—Hemos tenido días mejores.

—Pero ¿está bien?

—Sí. Ahora está arriba durmiendo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Anda, cuéntamelo.

—Anoche estábamos jugando al *gin rummy* después de cenar como de costumbre y de repente... ya no se acordaba de las reglas. Se quedó allí, sentada a la mesa de la cocina, mirando las cartas con la cara llena de lágrimas. Llevamos treinta años jugando juntos.

Nota que cubre el auricular con la mano.

Está llorando a más de mil kilómetros de allí.

—Papá, voy a volver a casa.

—No, Helena.

—Necesitas mi ayuda.

—Aquí tenemos quien nos ayude. Esta tarde vamos a ir al médico. Si quieres ayudar a tu madre, consigue los fondos y construye esa silla.

No quiere decirle que la silla está todavía a años luz. Es un sueño, un espejismo.

Se le empañan los ojos.

—Sabes que lo hago por ella, ¿verdad?

—Claro que lo sé, cielo.

Ambos se quedan callados un momento, tratando de ocultarse mutuamente el llanto, aunque ninguno lo consigue. Desea con todas sus fuerzas decirle que lo logrará, pero sería mentirle.

—Esta noche los llamo en cuanto llegue a casa —resuelve.

—De acuerdo.

—Por favor, dile a mamá que la quiero.

—Lo haré, aunque ella ya lo sabe.

---

Cuatro horas más tarde, en las entrañas del edificio de neurociencia de Palo Alto, Helena se encuentra examinando una imagen del recuerdo del miedo de un ratón —unas neuronas fluorescentes interconectadas por una telaraña de sinapsis— cuando el desconocido aparece en la puerta del despacho. Alza la vista por encima del monitor y descubre a un hombre en pantalones chinos y camiseta blanca que despliega una exagerada sonrisa.

—¿Helena Smith? —pregunta.

—¿Sí?

—Soy Jee-woon Chercover. ¿Tiene un minuto para que hablemos?

—Este es un laboratorio de alta seguridad. Se supone que no debería estar aquí.

—Disculpe la intromisión, pero creo que querrá oír lo que tengo que decirle.

Podría pedirle que se marche o llamar a seguridad, pero no le parece una amenaza.

—Muy bien —asiente, y entonces se da cuenta de que ese hombre está contemplando la leonera que tiene por despacho: estrechas paredes de hormigón pintado sin ventanas con una pila de cajas de un metro de alto por medio de ancho llenas de artículos y reseñas rodeando su mesa por si todavía no resultaba lo bastante claustrofóbico—. Perdone el desorden. Le traigo una silla.

—Ya la cojo yo.

Jee-woon arrastra una plegable hasta allí y se sienta frente a ella; a continuación, barre con la mirada las paredes, prácticamente cubiertas de imágenes de alta resolución que representan el momento exacto de la captación de recuerdos en ratones, así como de los disparos neuronales de pacientes con demencia y Alzheimer.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi jefe está obsesionado con el artículo que publicó en *Neuron* acerca de retratar los recuerdos.

—¿Su jefe tiene nombre?

—Bueno, depende.

—¿Depende de qué?

—De cómo transcurra la conversación.

—¿Y por qué iba a tener siquiera una conversación con alguien que no sé de parte de quién habla?

—Porque el dinero de Stanford se le acaba en seis semanas.

Helena enarca una ceja.

—Mi jefe me paga muy bien por saberlo todo sobre la gente que le interesa —continúa diciendo él.

—Es consciente de que lo que dice da un poco de miedo, ¿no?  
Jee-woon busca en su cartera de piel y saca un documento en una carpeta azul marino.

Su propuesta.

—¡Claro! —exclama ella—. ¡Usted es de Mountainside Capital!

—No, ellos no van a financiar su investigación.

—Entonces, ¿de dónde lo ha sacado?

—Qué más da. Nadie va a financiar su investigación.

—¿Y cómo lo sabe?

—Por esto. —Lanza la propuesta a aquel desastre de mesa—. Es tímida. Es más de lo mismo que ha estado haciendo en Stanford durante los últimos tres años. No es lo bastante potente. Tiene treinta y ocho años, que en el mundo académico es como tener noventa. Una mañana de su no tan lejano futuro se despertará y se dará cuenta de que sus mejores días han quedado atrás. De que ha desperdiciado...

—Creo que será mejor que se marche.

—No pretendía insultarla. Si no le importa que se lo diga, su problema es que no se atreve a pedir lo que realmente quiere.

Se le ocurre que, por alguna extraña razón, el desconocido quiere provocarla. Sabe que no debería entrar al trapo, pero no puede contenerse.

—¿Y por qué no me iba a atrever a pedir lo que realmente quiero?

—Porque lo que realmente quiere es demasiado caro. No le basta con siete cifras. Necesita nueve. Tal vez diez. Necesita un equipo de codificadores que le ayuden a diseñar un algoritmo para la catalogación y proyección de recuerdos complejos. La infraestructura necesaria para efectuar ensayos con humanos.

Helena se lo queda mirando por encima de la mesa.

—Esa propuesta no dice nada de ensayos con humanos.

—¿Y si le dijera que nosotros le daremos todo lo que nos pida?  
Fondos ilimitados. ¿Le interesaría?

El corazón se le acelera.

«¿Así es como sucede?».

Piensa en la silla de cincuenta millones de dólares que ansía construir desde que su madre empezó a olvidarse de la vida. Curiosamente, nunca se la imagina desarrollada del todo, sólo como los dibujos técnicos de la solicitud de la patente que algún día llegará a presentar y que se titula *Plataforma inmersiva para la proyección de recuerdos explícitos, episódicos y a largo plazo*.

—¿Helena?

—Si digo que sí, ¿me dirá quién es su jefe?

—Sí.

—Pues sí.

Se lo dice.

Tras ver cómo se le descuelga la mandíbula, Jee-woon saca otro documento de la cartera y se lo pasa por encima de las cajas.

—¿Qué es esto? —pregunta ella.

—Un contrato de trabajo y de confidencialidad. No negociable. Creo que los términos económicos le parecerán muy generosos.

## BARRY

---

4 de noviembre de 2018

La cafetería está situada en un sitio pintoresco de la ribera del Hudson, a la sombra de la autopista del West Side. Barry llega cinco